

LA FORMACIÓN DEL ESTADO Y LA NACIÓN EN COLOMBIA

Arturo Claudio Laguado Duca¹

State and National Formation in Colombia

The article explores the construction of the national state in Colombia by the end of the 19th century. It is argued that the consolidation of the modern state in Colombia began during La Regeneración (1886-1910). The process of constructing the state included the most fundamental characteristics of national identity in order to build up the new political system. The way by which this national project produced identities is at the core of what many analysts call the "Colombian peculiarity". The author concludes that the emphasis made on nationalitarian components will define the political process in Colombia, at least during the first half of the 20th century.

En este ensayo se explorará la forma en que el Estado y la nacionalidad coinciden durante un período específico de la historia colombiana —la Regeneración—, dando lugar al inicio de la construcción del Estado nacional. Este punto de partida clama por una reinterpretación del proceso político nacional que, abandonando acercamientos teóricos voluntaristas, comprenda el desarrollo del Estado nacional colombiano durante el siglo XX con base

en las peculiaridades de su formación y en los límites reales que imponía la situación histórica.

Para ello se comienza por desarrollar el concepto de nación entendido como un grupo humano que se define por su relación con una cultura en común sobre lo público. Este bosquejo teórico se aplica al caso colombiano para ver cómo en el largo proceso de dominación colonial está la clave de los ele-

1 Profesor del Departamento de Sociología. Universidad Nacional de Colombia.

mentos nacionales que luego serán recogidos por el Estado nacional diseñado por los regeneradores durante el período 1886-1910. Se mostrará entonces cómo el proyecto estatal que orienta el período recoge las peculiaridades nacionales del país.

Por último, se afirma que las características del Estado colombiano durante el siglo XX están relacionadas con las condiciones socio-históricas que determinaron el proyecto de la Regeneración. Se termina proponiendo unas hipótesis de investigación que podrían permitir entender lo que se ha llamado la particularidad colombiana en relación con el proyecto de construcción del Estado nacional en el país.

El concepto de nación

La afirmación inicial que sostiene que durante la Regeneración se sentaron las bases del Estado nacional colombiano como resultado de un proceso histórico caracterizado por la coincidencia del fenómeno estatal con el nacional, requiere aclaraciones conceptuales. Es WEBER quien nos advierte que nación y Estado no son sinónimos, aunque, como veremos más adelante, la nación implica potencialmente al Estado. Para este autor el Estado es una asociación de dominación que detenta el monopolio de la violencia legítima en un territorio por medio de un cuadro administrativo y un ordenamiento jurídico, mientras que la nación refiere a un grupo humano unido por un sentimiento de comunidad política².

Siguiendo los desarrollos de Weber podemos precisar el concepto de nación diferenciándolo del de nacionalidad y del de etnia. Si la comunidad étnica está basada en una unidad de lenguaje, creencias religiosas, memoria y costumbres (lo que se suele llamar 'cultural'), la orientación hacia la unión política particular estará en la base de la idea de nación³. Por tanto, nacionalidad será la creencia de participar en una unidad nacional. Los motivos que sustentan esta creencia son variados, siendo la unidad lingüística uno de los más usuales, más no suficiente pues la unión política particular será fundamental para pasar de la comunidad étnica al sentimiento nacional. Al respecto señala Weber:

Siempre el concepto de nación nos refiere al poder político, y lo nacional {...} es un tipo de «pathos» que, en un grupo humano unido por comunidad de lenguaje, religión, costumbres o destino, se vincula a la idea de una organización política propia, ya existente o a la que se aspira y cuanto más se carga el acento sobre la idea de poder, tanto más específico resulta ese sentimiento patético⁴.

De esta manera, sin desconocer los factores culturales, un factor decisivo para la nacionalidad será la existencia de una comunidad basada en la memoria colectiva que permite la construcción de la creencia en un destino político común, lo que implica considerar el papel desempeñado por la comunidad política en estos procesos de integración, para identificar la confluencia de lo político y lo cultural en los Estados nacionales.

2 Cfr. Weber, Max. *Economía y Sociedad* T.I México, FCE, 1977.

3 Ibid.

4 Ibid, p.237.

Con lo expuesto hasta ahora podemos precisar mejor el alcance del hecho nacional que, a nuestro juicio, tiene que ver con aspectos culturales y políticos que confluyen en una forma de conciencia colectiva o sentido de pertenencia que se denomina identidad nacional.

Los aspectos culturales son de diverso tipo: pueden ser basados en una identidad étnica forjada durante un largo período histórico que precede a la nación, o pueden ser resultado de un largo dominio de un Estado territorial que, así, terminará constituyéndose en un Estado nacional. Este componente del hecho nacional es lo que Torres Rivas denominó nacionalitario para aludir a la existencia de estos rasgos que preceden a la nación⁵. Este aspecto de lo nacional coincide con la definición weberiana de comunidad nacional.

En segundo lugar, el concepto de nación tiene un referente espacial y político.

*Nación es sinónimo de comunidad territorializada, espacio interior concebido como límite de carácter político-administrativo. No se trata simplemente de la geografía, sino de la delimitación de un 'interior' donde se desarrollan y reproducen las diversas instancias de la vida comunal por referencia a una dimensión externa. Nacional es en ese sentido lo opuesto a lo externo, que es extranjero*⁶.

Esta dimensión nos lleva al territorio y a la delimitación, no solo consuetudinaria, sino también político administrativa de éste y, por ende, como espacio donde se materializan relaciones económicas bajo la forma del mercado nacional. En este caso el territorio alude a la idea de dominación y, en su forma moderna, al Estado-nación.

Por último, la existencia de unos elementos étnicos o históricos comunes en un espacio territorial y con unas formas de dominación específicas, producen un sentimiento de identificación común que actúa como integrador: es la identidad nacional o, simplemente, la idea de nacionalidad cuando un grupo humano se reconoce como comunidad política en un territorio (en oposición a comunidad étnica). Esta conciencia colectiva actúa como un mecanismo integrador y puede entenderse como

*la idea de un sujeto colectivo y soberano que además otorga un sentido de pertenencia transclasista y una capacidad de autoidentificación defensiva, por rechazo o como fuerza de dominación, expansiva, justificadora de los poderes de una clase*⁷.

Esta fuerza integradora no funciona sólo con base en elementos étnicos, sino también con la idea de pertenencia a la comunidad política y, sobre todo, como comunidad de obligación en el tiempo⁸.

5 Cfr. Torres Rivas, Edilberto, "La Nación: problemas teóricos e históricos" en Estado y Política en América Latina. México: SXXI ed. 1881, 3ed pp 101-2

6 Ibid p. 102.

7 Ibid. p. 102

8 "En el modelo occidental de identidad nacional se consideraba que las naciones eran comunidades culturales, cuyos miembros estaban unidos, cuando no homogeneizados, por recuerdos históricos, mitos, tradiciones y símbolos colectivos", para agregar más adelante: "La identidad cultural colectiva no alude a la uniformidad de elementos a través de las generaciones sino al sentido de continuidad que tienen las sucesivas generaciones de una «unidad cultural de población», a los recuerdos compartidos de acontecimientos y épocas anteriores de la historia de ese grupo, y a las nociones que abriga cada generación sobre el destino colectivo de dicho grupo y su cultura". Smith, Anthony. *La identidad Nacional*. Madrid: Trama

La identidad nacional se resuelve en una cultura pública que, según palabras de Miller "requiere que la gente que la comparte tenga algo en común, un conjunto de características que en el pasado se referían con frecuencia como «carácter nacional», pero que yo prefiero describir como una *cultura pública común*"⁹. El concepto de cultura pública preservaría el problema de la identidad nacional de la discusión homogenización-fragmentación cultural en la medida en que la cultura pública se relaciona, principalmente, con nociones formadas en torno a la comunidad política -que Anderson llamó comunidad imaginada¹⁰- y no con los patrones culturales de los distintos subgrupos sociales o, incluso, con las grandes conformaciones culturales (por ejemplo la caribeña o la andina).

Estos elementos nos permiten ahora proponer una definición enriquecida de nación, entendida como grupo humano que comparte un territorio, unos recuerdos históricos colectivos, una orientación hacia la comunidad política y que tiene una cultura pública común.

El caso colombiano

Con estas precisiones se puede entender a la nación moderna como historicidad de un territorio. Así, en el caso colombiano (y latinoamericano), los elementos nacionalitarios, territoriales e identitarios, se articulan para la formación del poder estatal, no sólo por la delimitación de un territorio heredado de las divisiones políticas administrativas coloniales, sino también por un aparato jurídico-administrativo que implicó una organización del espacio y de la vida en dicho territorio. Al tiempo la organización de la vida bajo un mismo centro de dominación llevó a la homegeneización de los elementos étnicos bajo la identidad mestiza y, por ende, a fortalecer formas de identidad en relación con el Estado¹¹.

La apropiación del territorio no se refiere únicamente a esta naciente comunidad política que serían después los Estados latinoamericanos; sino también a ritos y símbolos que construyeron esa conciencia de pasado común que se fortaleció con el Estado

Editorial, 1997. Para un acercamiento similar véase Miller, David. *Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*. Barcelona: Paidós, 1997.

- 9 Miller, David. *Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*. Barcelona: Paidós, 1997, p.42.
- 10 Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1993.
- 11 De hecho todo proceso de homegeneización cultural -más aún todo proceso de identidad- implica unas relaciones de poder específicas que se salen del tema de este trabajo. De todas maneras, la "identidad mestiza" no implica una referencia a mezcla racial "objetiva" -aunque tuvo ese componente en el discurso hegemónico-, sino a la inexistencia de un referente racial diferenciador como sucedió en países con alta densidad de población indígena (v. gr. Perú) o, por el contrario inmigrante (caso argentino). Quedaría por discutir el caso de la población de origen africano que aún no ha sido reconocida como un componente importante del fenómeno nacional.

nacional, en la medida en que éste vaya haciendo coincidir la jurisdicción política con la frontera en la conquista del *hinterland*. O, como señala Torres Rivas:

Antes de que se planteara el problema de las relaciones de producción, de la división social del trabajo y de la búsqueda de un espacio económico, es decir antes de la constitución del mercado capitalista interior, el problema de la territorialidad nacional se resuelve en un movimiento político/militar desde adentro y desde afuera. Desde dentro, al resolverse a favor de los factores cohesivos con la centralización del poder y la expansión político-administrativa. El idioma y la religión común y la larga tradición colonial son factores que estuvieron presentes; estaban ahí, dados como elementos nacionales a la espera de un Estado 'coagulante' ¹².

De hecho, el proceso de formación de la nacionalidad en Colombia llevaba ya un largo período en el momento de la construcción del Estado nacional durante la Regeneración. Si nos remitimos someramente a las características arriba mencionadas, con la definición jurídica de la actual Colombia comienza a perfilarse, bajo la Administración Colonial, la nacionalidad. La Real Audiencia de Santa Fe comienza a tener potestad administrativa sobre lo que actualmente es el territorio colombiano más las provincias venezolanas, en el siglo XVI—exceptuando a Panamá que se separará a inicios del siglo XX—. A partir de 1717, el territorio administrado por

el Virreynato de la Nueva Granada, corresponderá al territorio que reclamará Colombia en 1886¹³.

El importante papel integrador que tuvieron la Real Audiencia, la Presidencia y el Virreynato desde su sede en Santa Fe, tanto en lo físico como en lo político, será fundamental para sentar las bases de esa “comunidad imaginada” que es la nación, pues la dependencia de un poder central¹⁴ es un elemento básico en la constitución de la comunidad política nacional y en la ruptura de las relaciones étnicas de parentesco. De esta forma comienza a fijarse la imagen de territorio común y, junto con ésta, el *pathos* que caracteriza a la nacionalidad.

Este proceso estuvo acompañado también por la consolidación de elementos nacionalitarios, siendo los más destacables la lengua, la religión y el mestizaje. La imposición de una lengua única y de la religión católica fue favorecida, sin duda, por la baja densidad demográfica comparativa de las poblaciones aborígenes colombianas y por las características de la colonización que coadyuvaron a un activo mestizaje. De los 3 o 4 millones de habitantes nativos (contra 25 millones en Méjico y 10 millones en Perú), sólo pervivían 600 mil a principios del S. XVII y 130 mil a finales del XVIII. En 1789, en *la Descripción del Reino de Santa Fe de Bogotá*, Francisco Silvestre calculaba la población del territorio en 826.550

12 Torres Rivas, E. Op. cit. p. 113.

13 Pérez, Héspes Eduardo. *Aspectos sociológicos del régimen político-administrativo en la época colonial* en Rev. Colombiana de Sociología N° 2, agosto 1982. Departamento de Sociología. Universidad Nacional.

14 Aunque el poder central nominalmente residía en España, el poder de hecho, y con inmensas prerrogativas en todos los órdenes de la vida cotidiana, funcionaba en Santa Fé. Este proceso de centralización es, para Elías típico del proceso de constitución de los Estados nacionales. Cfr. Elías, Norbert. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: FCE, 1993.

almas; entre ellas contaba 277.068 blancos y 368.098 mestizos¹⁵.

A finales del siglo XVIII, el muisca, la lengua indígena que tenía más hablantes en el Virreynato, había desaparecido¹⁶. Paralelamente, un activo proceso de mestizaje que redundó en el aumento demográfico de esta población, aportó el otro ingrediente a la formación de la nacionalidad en el país, hasta el extremo que la composición étnica y cultural homogénea — i. e. mestiza — son destacadas por varios autores como las peculiaridades más importantes del proceso colonial colombiano¹⁷.

Los incipientes elementos nacionales tejidos durante el período colonial, permitirán a las élites criollas, que con las reformas borbónicas habían perdido parte de su poder, sentirse maduras para desplazar a los españoles del control del Estado.

Sin embargo, la Independencia y el consecuente reemplazo del Estado colonial por uno republicano no implicó que los elementos decantados de la nacionalidad se hayan consolidado inmediatamente en un Estado nacional. Más aún, todo el siglo XIX puede ser considerado un largo intento por cristalizar los elementos de la nacionalidad en un Estado nacional o, si se prefiere, construir instituciones adecuadas que recogieran los elementos nacionales preexistentes.

Y, como en otras partes de América Latina, las élites se propusieron expresamente desarrollar los elementos nacionales pues, como señala Smith

[...] a medida que avanzaba la formación de naciones se comprendió la necesidad de forjar una cultura característicamente mejicana, chilena, boliviana, etc., y de hacer hincapié en las características específicas (en términos de símbolos, valores, recuerdos, etc.) distintos de cada uno de los aspirantes a convertirse en nación¹⁸

Con la simbología asociada a las guerras de independencia y, posteriormente, con la conquista del *hinterland*, se irá consolidando ese pasado común al tiempo que el Estado contribuirá a fijarlo por medio de mitos laicos¹⁹, símbolos nacionales, idealización del territorio, etc. Así, en un primer momento, la generación de la Independencia apeló a la valoración del pasado indígena buscando la identificación de amplios sectores de la sociedad. Igualmente recurrió, en un recurso importado de Francia, al símbolo representado por el Árbol de la Libertad y al igualitarismo verbal reflejado en la noción de ciudadano²⁰.

Al tiempo que se intentaba producir un nuevo mito civil en busca de construir una cultura pública —que paradójicamente, era

15 Jaramillo Uribe, Jaime. *Etapas y sentido de la historia de Colombia* en Colombia Hoy. Bogotá: S XXI ed., 1981.

16 Íbid.

17 Además de los ya citados Jaramillo Uribe y Hésper Eduardo Pérez, esta posición es adoptada también por Bergquist y Pécaut. Cfr. Bergquist, Charles. *Los trabajadores en la historia latinoamericana*. Bogotá: S. XXI Ed., 1988; Pécaut, Daniel. *Orden y Violencia*. Bogotá: S. XXI, 1987. Tomo I.

18 Smith, Antony. *La identidad nacional*. Op. cit. p. 36.

19 El concepto de mito laico es desarrollado por Marienstras para referirse a aquellos mitos que se asocian a la fundación de los Estados como las grandes batallas o las acciones heroicas de los padres de la patria. Cfr. Marienstras, Elise. *Nous le peuple. Les origines del nationalisme américain*. Paris: Gallimard, 1988.

20 Cfr. Koning, Hans-Joachim. *El camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750-1856*. Santafé de Bogotá: Ed. Banco de la República, 1994.

ajena a los elementos nacionales históricamente decantados- se producía un proceso de fragmentación del Estado que, en lugar de tender hacia la unidad nacional, permitió el fortalecimiento de los poderes locales. La precariedad de las economías regionales, las dificultades en las comunicaciones, el desmantelamiento del aparato burocrático regional, las prolongadas luchas civiles que reflejaban la ausencia del predominio de una región o una clase sobre las otras, demoraron mucho tiempo la construcción del Estado nacional. O, como lo expresa "La existencia del Estado nacional se fundaba, de hecho, en uno solo de sus atributos: el reconocimiento externo de su soberanía política"²¹.

Así la Constitución de Rionegro debilitó la capacidad de injerencia del Estado central hasta impedirle controlar las guerras civiles locales o siquiera tener un pie de fuerza mayor que el de cualquier Estado soberano e intervenir en la legislación electoral de éstos, a la vez que menguaba las rentas nacionales. Las atribuciones del poder ejecutivo nacional se limitaron en la práctica a la política internacional y a las obras de navegación que afectarían a varios Estados, previo consentimiento de los afectados. Esta laxa federación sancionaba así, no un proceso de maduración de identidades construidas en el seno de la sociedad civil, sino los intereses de las élites regionales. Al minimizar al Estado nacional hasta su casi extinción, los radicales de Rionegro abolieron la institución que a finales de siglo jugó un papel

protagónico en la construcción de la nación en toda América Latina²².

Por otra parte, al enfrentarse los radicales con la Iglesia Católica, prescindieron de la única institución que podía garantizar la integración, no sólo por su arraigo a nivel popular, sino también por su organización nacional. Incluso, su defensa de la universalidad de la educación pública en esas condiciones de debilidad institucional, no pasó de ser un gesto declamativo, pues no hay datos que muestren para esa época un incremento significativo de la matrícula escolar. Según los historiadores, pero también los analistas de la época, había únicamente dos instituciones organizadas en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX: la Iglesia y los Partidos²³. Desechada la Iglesia, con partidos organizados para la guerra y siempre dispuestos a la confrontación militar, fuerte autonomía de las unidades políticas regionales y el Estado reducido a su mínima expresión, los radicales de Rionegro —y las constituciones liberales en general— parecen haber sido incapaces de resolver el problema de la integración nacional.

Hasta la Guerra de los Mil Días, el siglo XIX estuvo marcado por guerras civiles atadas al problema religioso —aunque no únicamente—. Guerras que buscaron motivar a la población con apelaciones más tradicionalistas que racionales y que representaban los intereses

21 Oszlak, Oscar. *La formación del Estado Argentino*. Bs As.: Ed. de Belgrano, 1985.

22 Cfr. Pécaut, Daniel. *Orden y Violencia*. Op. cit.

23 "A pesar de la endeblez de su estructura a lo largo del siglo XIX, debe subrayarse que el partido liberal, como su contraparte el conservador, fueron con la Iglesia, las únicas instituciones que traspasaron las líneas regionales y de clase social. Además, como la identificación con el partido era, por norma, intensa y permanente, otras instituciones como las fuerzas armadas o nuevos partidos no pudieron disputarles, en forma seria y sostenida, la lealtad de los colombianos activos en política" Delpar, Helen. *Rojos contra azules. El partido liberal en la política colombiana. 1863-1899*. Bogotá: Procultura, 1994; p. xxvi

localistas de sus caudillos (el levantamiento del Estado Soberano de Santander o de Mosquera en Cauca son un ejemplo de ello), en medio de una sociedad profundamente dividida. Los odios resultantes de estas guerras estuvieron en la base de la conformación de los dos partidos como subculturas que lograron una adscripción popular anterior a la formación de la nación, fenómeno que seguirá pesando durante el siglo XX.

Además de la temprana gestación de las subculturas políticas representadas en los partidos, el proyecto nacional se enfrentó con otros formidables obstáculos. El estancamiento de las obras públicas necesarias para lograr la vinculación del país al mercado mundial y la constitución de un mercado interno en medio de una topografía hostil, hacia necesario un Estado fuerte capaz de realizar no sólo la integración simbólica, sino también la integración física del país; pero la Constitución de Rionegro —que era casi imposible de modificar— sancionaba un movimiento contrario. Como lo señala PÉCAUT:

Treinta años después, en 1880, llegará la hora de un nuevo balance: el del fracaso de una modernización que no ha suscitado la cohesión nacional prometida, sino una mayor fragmentación y mayor rigidez en la estructura social”, [pues] “el debilitamiento del poder del Estado, la falta de profesionalismo en el ejército, la fragilidad de la burguesía comercial, todo ello conduce a acentuar el efecto de los factores geográficos desfavorables a la unidad nacional”²⁴.

Estas dificultades, percibidas por los actores contemporáneos, originaron la creación de

un nuevo consenso alrededor de la frase de Núñez: “Regeneración administrativa fundamental o desastre”.

El estado nacional

Con base en el consenso tejido alrededor de Núñez a partir de 1880 comienza la construcción del Estado nacional colombiano; proceso que en su primera etapa se extendió hasta 1910, cuando el país logró al fin una vinculación sostenida al mercado mundial y los trágicos resultados de la Guerra de los Mil Días desestimularon, hacia el futuro, nuevas aventuras guerreras²⁵.

La fluctuación de la economía exportadora —que apenas en 1905 comenzará su crecimiento sostenido²⁶ luego de la interrupción producida desde 1896— y la fragilidad del consenso tejido en torno a los presupuestos de la Regeneración —fragilidad que se manifestó en las guerras de 1895 y, especialmente, en la de los Mil Días—, dilatarán el inicio del proceso de construcción del Estado nacional durante casi 30 años. Sólo con el quinquenio del General Reyes, luego del intermedio de Sanclemente y Marroquín, el proyecto de Núñez se materializará.

Pero desde la década de 1880 comenzaron a sentarse las bases de consolidación del Estado nacional. Al menos, se dieron los elementos típico-ideales que lo caracterizan: centralización política bajo un liderazgo carismático; eliminación de las barreras comerciales locales en aras de construir un mercado nacional; vinculación sostenida al mercado mundial; monopolio de la fuerza

24 Pécaut, Daniel. *Orden y violencia*. Op. cit. p. 31 y 49.

25 Son conocidas las catastróficas consecuencias de ésta guerra: la quiebra de la economía nacional y la secesión de Panamá, además de cerca de 100.000 muertos fueron su saldo.

26 Cfr. Bergquist, Charles. *Los trabajadores en la historia latinoamericana*. Op. cit.

por el Estado; fortalecimiento del Estado central por la importancia de los ingresos fiscales; control jurídico y político del territorio; formación de una burocracia estatal²⁷.

Todos estos factores formativos de los Estados modernos se manifiestan en la centralización del poder que se expresa en tres instituciones, a saber:

- a) *La formación de un ejército profesional permanente*²⁸. b) *La consolidación de un cuadro administrativo profesional que, en el caso de los Estados modernos, da lugar al 'aparato burocrático' encabezado por el gobierno.* c) *El desarrollo de un sistema institucional encargado de administrar la justicia*²⁹.

Sin este soporte institucional y sin un grupo humano que aspire a autodeterminarse políticamente, no se puede hablar de Estado nacional.

Con la vinculación permanente de la economía colombiana al mercado mundial por la producción de café —a pesar del interregno entre 1896-1904— y la centralización del Estado sancionada en la Constitución de 1886, comenzó el proceso de organización institucional que Pécaut ha llamado modernización conservadora. Se fortalece el poder presidencial —limitado hasta entonces a dos años— y el estatal, reduciendo

definitivamente el poder de los caudillos locales. Se crea un Banco Nacional que permite al Estado cierto control sobre la economía, se fortalece el fisco por la imposición de tarifas aduaneras y se suprimen la aduanas internas; se instituye la unidad jurídica del país (desmembrada por la Constitución de Rionegro) y se decreta el monopolio de las armas en manos del gobierno central, al tiempo que se comienza la profesionalización del ejército que en 1891 será entrenado por la misión Lemly. El fortalecimiento económico que permitió la imposición de aranceles, más el auge de la exportación de café, permitirá adelantar obras de infraestructura tendientes a vincular al país con los puertos, para lo cual se necesitaba un Estado central fuerte. También se intentó la organización universal de la educación en manos de la Iglesia Católica, la cual, en adelante, asumirá el papel de garante de la unidad nacional.

Si bien estas iniciativas que guiaron a la Regeneración en su primera etapa sufrirán un largo receso durante lo que Bergquist llama "la degeneración de la Regeneración", hasta que Reyes las impulse vigorosamente durante su "quinquenio", no hay duda de que ellas fueron el plan de constitución del Estado nacional y la entrada de Colombia en el siglo XX.

27 Pérez, Héser Eduardo. *De la fragmentación a la centralización de poder. Bases para un tipo ideal de formación del Estado nacional en una sociedad preindustrial*. Dpto de Sociología. Universidad Nacional. Santafé de Bogotá, 1996.

28 El debate contemporáneo colombiano, por razones obvias de la coyuntura nacional, enfatiza en el monopolio legítimo de la fuerza apoyándose en Weber y Elias. "Mientras las disposiciones sobre los instrumentos de la violencia física, sobre las armas y las tropas, sigue sin estar muy centralizada, se da una serie de tensiones sociales que conducen de continuo a acciones regulares de carácter bélico" Elias, Norbert; Op. cit., p.508. Sin embargo, en tanto organización institucional, no son menos importantes los otros dos elementos mencionados por Serrano.

29 Serrano Gómez, Enrique. *Lo político y la política en la formación de las naciones*. Medellín: Ed. Pontificia Universidad Bolivariana, 1988.

El proyecto nacional³⁰

La consolidación de las nuevas instituciones nacionales no podían implicar únicamente la administración de un territorio. Para que el proyecto fuera realmente nacional, se hacía necesario el fortalecimiento de la identidad nacional por la construcción de una cultura pública común. Y a ello se abocaron los regeneradores tratando de rescatar lo que consideraron los elementos de la nacionalidad, al tiempo que buscaban superar los principales obstáculos con que debía enfrentarse el proyecto nacional.

Aunque influido por distintas vertientes del pensamiento europeo, el proyecto regenerador es, sobre todo, un intento de interpretación del contexto socio-histórico o, como dijera Núñez³¹, “un resultado de la realidad sociológica colombiana”. Realidad sociológica que era vista como el producto de la historia compartida, la cultura, la organización política y la convivencia en un territorio que, todos unidos, configuraban un carácter y unas tradiciones sostenidas por la lengua y la religión³². De esta forma, estos elementos aportados por la herencia española, tomaban su forma particular por la influencia del mes-

tizaje conjugándose, para los regeneradores, en una síntesis positiva del componente español y el indígena. La educación moral, la instrucción pública, las vías de comunicación, en un marco de centralización política y unidad religiosa, también ocuparon un lugar central en el proyecto.

Sobre estos elementos cohesivos, se intentó construir la identidad y no sobre las “ficciones de los radicales” o, incluso, las de los padres fundadores. Entre todos ellos, jugó un papel fundamental la religión católica. Aunque existen diferencias entre las distintas vertientes de la Regeneración³³, todos están de acuerdo en que el catolicismo es “lo único que ha podido hermanar las tres razas del continente”. En esta lógica, la educación—instrumento que tradicionalmente han usado las naciones para construir la cultura pública y la cohesión social³⁴— fue encargada a la Iglesia Católica mediante el Concordato de 1887. La educación religiosa se constituyó así en un elemento de disciplina sobre el cual fundar la ciudadanía, pues la Iglesia era considerada una institución disciplinadora además de democratizadora: la religión estaba al alcance de todas las razas y, al cohesionarlas, se evitaban los peligros que pudieran derivarse de su variedad.

30 Para un desarrollo más extenso de este tema y una amplia presentación bibliográfica, véase Laguado Duca, Arturo Claudio. “La idea de nación en Colombia y Argentina. Los proyectos ideológicos que orientaron la construcción del Estado nacional” en *Rev. Memoria y Sociedad*, del Dpto de Historia y Geografía, Pontificia Universidad Javeriana, Vol 4, N°8, sept. 2000.

31 Núñez, Rafael. *La reforma política*. Cartagena: Ed. Universidad de Cartagena, 1994.

32 En el lenguaje de la época las tradiciones remiten a lo que hemos llamado el elemento nacionalitario y el carácter a la identidad nacional.

33 Cfr. Caro, Miguel Antonio. *Escritos políticos*. Bogotá: Ed. Instituto Caro y Cuervo, 1990; Arboleda, Sergio. *La República en la América Española*. Bogotá: Ed. Biblioteca Popular de Cultura Hispanica, 1951; Núñez, Rafael. *La reforma política*. Op. cit; y Samper, José María. *Derecho Público Interno*. Bogotá: Temis, 1982.

34 Smith, Anthony. *La identidad nacional*. Op. cit.

También la centralización política fue justificada con referencia a esta unidad de tradiciones, religión y lengua que están en la base de la unidad nacional. En esta lógica, existiendo una unidad previa, las instituciones deberían recogerla, pues la federación es una agregación de naciones preexistente y para los hombres de la Regeneración, la nación colombiana siempre fue una sola. Aunque la topografía quebrada, tema recurrente, conspiraba contra un centralismo total, la unidad previa de la nacionalidad llevó a que se planteara como solución la centralización política con amplia descentralización administrativa.

Núñez, con su pragmatismo habitual, ilustra el papel modernizador en el cual se inscribe esta opción nacionalitaria³⁵:

En todas partes se procura por los hombres sensatos amoldar las instituciones a la voluntad general, a efecto de que los partidos políticos no luchan, como en Inglaterra y los Estados Unidos, sino por asuntos de administración pública ³⁶.

La búsqueda de elementos cohesivos sobre la cual fundar una cultura pública, está íntimamente relacionada con la preocupación por garantizar el orden social que, superando los enfrentamientos militares entre los partidos, permitiera al fin alcanzar el anhelado progreso³⁷.

En un país dividido por la cuestión religiosa, con partidos que fácilmente pasaban a la acción militar y con una adscripción tan poderosa que podía competir con éxito con la idea de nación, es lógico que la cuestión de la unidad y la cohesión ocupara un lugar central en la Regeneración. Pero ¿en qué fundar esa unidad? Justo es reconocer que los regeneradores no tuvieron muchas opciones, lo que no significa desconocer que la elección del cemento de esa unidad, además de las mencionadas razones “sociológicas”, tuvo también motivos ideológicos.

Ni las condiciones económicas en un país que aún no había logrado una vinculación sólida al mercado mundial³⁸, ni las condiciones

-
- 35 Tomamos este concepto de Touraine quien lo usa para referirse al Estado que se presenta como “agente político de una comunidad en términos culturales, étnicos, religiosos y en primer lugar territoriales”. Más específico, Torres Rivas define lo nacionalitario “como conjunto de rasgos culturales e históricos que, por lo general, se unifican a partir de una base étnica o lingüística común”. Cfr. Touraine, Alain. ¿Podremos vivir juntos?. Bs. As.: FCE, 1997, pp 206-7 y Torres Rivas. “La nación. Problemas...”. Op. cit., pp.101-102.
- 36 Citado por Martínez, Frédéric. *En los orígenes del nacionalismo colombiano: europeísmo e ideología nacional en Samper, Núñez y Holguín (1861-1894)* en Boletín Cultural y Bibliográfico. Vol XXXII, N° 39, 1995. Banco de la República. p. 46.
- 37 En ese sentido, aunque limitada por su interpretación perversa—pues no se puede reducir un proyecto nacional a la contención de las masas—, la afirmación de Martínez sobre el sesgo moderno del proyecto nacionalitario de la Regeneración es acertada: “Esta empresa de catequización nacional y nacionalista emprendida a finales de siglo por un Estado considerablemente ayudado por la Iglesia revela una incontestable modernidad: de cierta forma, la Regeneración constituye, después de los intentos fracasados del medio siglo, uno de los primeros dispositivos políticos que, en Colombia, se dirigió hacia las masas, y quiso incluirlas en la vida nacional, aunque haya sido de forma autoritaria, dirigista y paternalista. La Regeneración responde, entre otras cosas, a una especie de anticipación, por parte de las elites, de la entrada de las masas en la política”. Martínez, Frédéric. *En los orígenes del nacionalismo colombiano...* Op. cit., p.58.
- 38 Desde finales del siglo XVIII hasta comienzos del XX—afirma Bergquist— “el valor total del comercio exterior de Colombia creció a una tasa apenas superior (si es que lo fue) al crecimiento demográfico de la nación en el mismo período”. Bergquist, Charles. *Los trabajadores en la historia de América Latina*. Op. cit. p. 343.

políticas, ni el desarrollo institucional del país, ni la misma integración física del territorio³⁹, tornaban viable la construcción de una cultura pública basada en la participación política de los ciudadanos en tanto individuos que actúan guiados por sus intereses, como proponía el modelo liberal europeo. Las condiciones de estancamiento del país no permitían confiar en el progreso como poderoso mecanismo de integración; al contrario, la integración y el Estado fuerte, eran requisitos para el progreso.

En esas condiciones, con la Iglesia como única institución organizada —además de los partidos que, por los motivos ya mencionados no podían ser la base de la Regeneración— el proyecto nacional no tuvo mucha más alternativa que recurrir al clero para cimentar su proyecto⁴⁰.

A modo de conclusión

El proceso histórico de consolidación de la nación y el tipo de consenso que se produjo alrededor de ella, sin lugar a dudas marca la “personalidad histórica” de un país. Con esta premisa presentaremos a modo de hipótesis tres aspectos —aunque probablemente se podrían mencionar otros, v. gr. el manejo de la

economía— fuertemente interrelacionados que jugaron un rol importante en el siglo XX. A saber: la temprana conformación de los partidos políticos y su definición con referencia al problema religioso; la solución transaccional que caracterizó al proyecto nacional de la Regeneración y el elemento nacionalitario como base de la construcción de una cultura pública. Por motivos de espacio estos aspectos quedarán apenas enunciados.

Durante el siglo XIX predominaba en el país la población mestiza libre que, en medio de la fragmentación institucional, encontró en los dos partidos tradicionales un poderoso medio de encuadramiento que los vinculó a las dinámicas nacionales⁴¹. La adscripción partidaria sólo excepcionalmente se fundamentó en elecciones personales: notoriamente en las zonas rurales ésta se basó en tradiciones familiares y locales que terminaron conformando una geografía política que se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX. En la medida en que las guerras civiles facilitaron su transformación en subculturas, éstos proporcionaron una identidad colectiva que dificultó la afirmación del Estado como unidad simbólica de la sociedad⁴².

39 Una carga de café tardaba más en llegar a los puertos nacionales que a Londres y eran aún peores las comunicaciones interregionales. Cfr. Mesa, Darío. “*La vida cotidiana después de Panamá*” en Manual de Historia de Colombia. T. III. Bogotá: Procultura, 1982.

40 “La amalgama del proyecto económico y político fue la religión. Núñez, escéptico en estas materias, comprendió la función que podía jugar la ideología religiosa y el papel del clero como fuerza organizada. Aludiendo a los proyectos de consolidación napoleónica, que en Roma confluyeron también en Concordato, Núñez escribió: ‘A principio de este siglo se palpó también en Francia la necesidad de recurrir al sentimiento religioso allí predominante, para dar nueva savia moral a aquella nación, hondamente turbada por el jacobinismo’ [...] Al efecto escribió: ‘A otro ministro americano le hemos oído recientemente estas otras palabras: En Colombia sólo hay dos cosas organizadas: el ejército y el clero’ [...]” Tirado Mejía, Alvaro. “*El Estado y la política en el siglo XIX*” en Manual de Historia de Colombia T. II. Bogotá, Colcultura, 1979, p.378-82.

41 Sobre el bipartidismo se pueden consultar a Pérez, Héspes Eduardo. *El proceso del bipartidismo colombiano y el Frente Nacional*; Bogotá., Universidad Nacional, 1989; Delpar, Helen. *Rejos contra azules*, op. cit; Bergquist, Charles, Los trabajadores en la historia latinoamericana, op. cit.; Pécaut, Daniel, *Orden y violencia*, op. cit, entre otros.

42 Pécaut, Daniel. *Ibid.*

Incluso los mitos fundadores relacionados con la Independencia quedaron presos de esta dinámica: los liberales se apropiaron de la figura de Santander y los conservadores de la de Bolívar. Por otra parte, la adscripción partidaria no fue superada por la modernización de los años '30, así como las connotaciones religiosas que la acompañaban⁴³. Esta pervivencia militante del fenómeno religioso puede, así mismo, haber dificultado la emergencia de mitos laicos que fortalecieran la idea de nación y de ciudadano⁴⁴ y que tan importante papel jugaron en varios países de América Latina.

Si bien la perennidad de los partidos y su amplio arraigo popular están en la base de la estabilidad política del país⁴⁵, actuando como freno a las soluciones autoritarias —como las dictaduras militares o los populismos— que pretendieran erigirse en representantes de la unidad nacional, la primacía simbólica de los partidos sobre el Estado puede asociarse a las dificultades de legitimación estatal que aún hoy aquejan al país. A estos problemas de legitimación puede añadirse el poco alcance de las reformas sociales inclusivas que acompañaron el proceso de modernización en otras repúblicas de América Latina

El segundo aspecto está íntimamente ligado con el anterior. Es el espíritu transaccional

que inspiró al proyecto regenerador a causa de la fragilidad del consenso tejido a su alrededor y que, a la postre, no logró suplantar las adscripciones partidarias anteriores a la nación. Pero, al mismo tiempo, la flexibilidad de la idea de nación que orientó el intento de construcción del Estado nacional entre 1880 y 1910, permitió que el péndulo se inclinara hacia uno u otro extremo —autoritario durante Caro, tradicional con Marroquín, y hacia el retorno a las ideas modernizadoras de Nuñez durante el quinquenio de Reyes—, sin romper nunca con los principios que informaron la Constitución de 1886. Al fin, tras la guerra de los Mil Días, se alcanzaba, por fin, el consenso elitista:

*La amarga y prolongada transición del siglo XIX al consenso elitista y al desarrollo económico exportador dejó, no obstante, un poderoso legado político. Dio a los colombianos un sistema político único que ha perdurado para influenciar todos los aspectos de la sociedad hasta el presente*⁴⁶.

La característica más importante de ese sistema político único en América Latina, es el acuerdo de las élites para preservarlo; además de las restricciones al Estado en el manejo de la economía con base en pactos consocialistas⁴⁷. No es gratuito que los líderes que apelaron a la unidad del pueblo por encima de los partidos ha-

43 En 1930, en plena crisis económica, las vacilaciones del arzobispo de Bogotá dan origen a dos candidatos conservadores. Cfr. Pécaut, Daniel. *Orden y Violencia*. Op. cit., p. 86.

44 Cfr. Pérez, Héspere Eduardo. El proceso del bipartidismo colombiano y el Frente Nacional. Bogotá: Universidad Nacional, 1989. Pécaut, Daniel. "Populismo y violencia: el caso colombiano" en *Rev. Estudios Políticos* N° 16, enero-junio, 2000.

45 Cfr. Delpar, Helen. *Rojos contra azules*. Op. cit.

46 Bergquist, Charles. Los trabajadores en la historia de latinoamérica. Op. cit., p. 348. Pécaut también resalta el papel funcional que tuvo este proyecto durante las primeras décadas del siglo XX: "Ciertamente, la burguesía puede acomodarse a ese estado de hecho. Ocupada en la 'danza de los millones', deja que la Iglesia se encargue del orden social. Una Iglesia poderosa permite mantener mejor un Estado débil. Incluso en su ala liberal, no se la ve apenas tentada de reanudar las polémicas anticlericales, si no es en sordina". Pécaut, Daniel. *Orden y Violencia*. Op. cit. p.

47 Pécaut, Daniel, *Ibid.*

yan sido, también, quienes desataron los procesos de violencia más importantes durante del siglo XX: Laureano Gómez y Jorge Eliécer Gaitán.

El último aspecto que queremos mencionar, es el peso que pudieron haber tenido las características nacionalitarias del proyecto de la Regeneración—junto con el retraso de la vinculación de Colombia al mercado mundial—en la conformación de lo que ha sido llamado la particularidad colombiana.

Los regeneradores apostaron a construir la identidad nacional con base en la “realidad sociológica del país”, evitando las “especulaciones aéreas”. No hay investigaciones sistemáticas sobre el pensamiento de las élites del poder⁴⁸ durante el siglo XX, pero sí sobre el movimiento obrero⁴⁹. Así, Pécaut resalta el desinterés que en los años '20 manifestaba el movimiento obrero por las preocupaciones doctrinales debido a la convicción de que las características muy peculiares del país tornaban inútiles los análisis internacionales⁵⁰. Por otro lado, Bergquist enfatiza que la homogeneidad étnica y cultural era tan grande durante la primera mitad del siglo XX—producto de la historia pero, como podemos constatar hoy con la emergencia de nuevas étnicidades, también de un discurso que la sanciona y fortalece—que las fuerzas populares “[...] no gozaron de una base colectiva étnica o cultural sobre la cual construir una identidad separada y una concepción independiente del mundo”⁵¹.

Con esto queremos enfatizar, no sólo el acertado diagnóstico de los hombres de la Regeneración, sino también la influencia que tuvo su proyecto en la construcción de una identidad caracterizada por una fuerte sensación de diferencia con el resto del continente. No sólo las características geográficas llevaron a bautizar al país como el “Tíbet de Sudamérica”.

Este proyecto se mantuvo vigente hasta que en la segunda mitad de siglo XX—como subproducto de la modernización acelerada—el monopolio político de los partidos tradicionales y el ideológico de la Iglesia Católica se debilitaran junto con sus lazos de solidaridad—todos los lazos de solidaridad tradicionales—y sus mecanismos de legitimación cultural⁵², sin que ningún otro proyecto viniera a reemplazarlos, produciendo la crisis de legitimidad del Estado. Pero ese es otro problema.

Lo que hemos querido destacar con éstas hipótesis—que están a la espera de un programa de investigación que supere la aproximación ensayística—es que la manera en que nación y Estado se encuentran durante la Regeneración condicionó el proyecto nacional que estos hombres impulsaron. Pero, así mismo, que la forma que tomó este proyecto marcó fuertemente la identidad nacional en el siglo XX. La temprana adscripción partidaria que debilitó la hegemonía simbólica del Estado—y que a pesar de sus intentos los regeneradores no pudieron superar con la constitución del efímero Partido Nacio-

48 Hay biografías sobre los dirigentes más connotados del siglo XX, pero no trabajos sistemáticos como los de Jaime Jaramillo Uribe.

49 Cfr. Bergquist, Charles. *Los trabajadores en la historia de latinoamérica*. Op. cit. Pécaut, Daniel. *Política y sindicalismo en Colombia*. Bogotá: La Carreta, 1977.

50 Pécaut, Daniel. *Orden y Violencia*. Op. cit.

51 Bergquist, Charles. *Los trabajadores en la historia de latinoamérica*. Op. cit., p. 346.

52 Gonzáles, Fernán. “La violencia política y las dificultades de la construcción de lo público en Colombia: una mirada de larga duración” en *Las Violencias: Inclusión creciente*. Santafé de Bogotá: CES, 1998.

nal-; la tendencia a soluciones transaccionales entre las élites producto de la debilidad del consenso en el momento en que se construyó el Estado nacional; y el fuerte énfasis puesto en los aspectos nacionalitarios que a larga fundaron la

representación colectiva de la particularidad colombiana son, a nuestro juicio, elementos fundamentales en la constitución de la identidad nacional entendida en el sentido de cultura de lo público, tal lo proponen Smith y Miller.

BIBLIOGRAFÍA

- ARBOLEDA Sergio, *La República en la América Española*. Bogotá: Ed. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1951.
- ANDERSON Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1993.
- ELLAS Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Mexico: FCE, 1994 [Verlag, 1977].
- BEGQUIST Charles, *Los trabajadores en la historia latinoamericana*. Bogotá: S. XXI Ed, 1988.
- CARO Miguel Antonio, *Escritos políticos*. Bogotá: Ed. Instituto Caro y Cuervo, 1990.
- DELPAR Helen, *Rojos contra azules. El partido Liberal en la política colombiana. 1863-1899*. Bogotá: Ed. Procultura, 1994.
- GONZÁLEZ Fernán, "La violencia política y las dificultades de la construcción de lo público en Colombia: una mirada de larga duración" en *Las Violencias: inclusión creciente*. Santafé de Bogotá: Ed. CES, 1998.
- JARAMILLO URIBE Jaime, "Etapas y sentido de la historia de Colombia" en Colombia Hoy. Bogotá: S XXI Ed., 1981
- JARAMILLO URIBE Jaime, *El Pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Ed. Temis, 1982.
- KONING Hans-Joachim, *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750-1856*. Santafé de Bogotá: Ed. Banco de la República, 1994.
- LAGUADO DUCA Arturo Claudio, "La idea de nación en Colombia y Argentina. Los proyectos ideológicos que orientaron la construcción del Estado nacional", en Memoria y Sociedad. Revista del Departamento de Historia y Geografía. Pontificia Universidad Javeriana, Vol. 4, N° 8. Septiembre, 2000.
- MARTÍNEZ Frédéric, "En los orígenes del nacionalismo colombiano: europeísmo e ideología nacional en Samper, Nuñez y Holguín (1861-1894)" Boletín Cultural y Bibliográfico. Volumen XXXII, No 39. Banco de la República, 1995.
- MARIENSTRAS Elise. NOUS Le Peuple, *Les origines du nationalisme américain*. Paris: Gallimard, 1988.
- MESA Darío, "La vida cotidiana después de Panamá" en Manual de Historia de Colombia, T. III. Bogotá: Procultura, 1982.
- MILLER David, *Sobre La Nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo Cultural*. Barcelona: Ed. Paidós, 1997; [London, 1996]
- NÚÑEZ Rafael, *La reforma política*. Cartagena. Ed. Universidad de Cartagena, 1994.
- OSZLAK Oscar, *La Formación del Estado Argentino*. Bs. As: Ed de Belgrano, 1985.
- PÉCAUT Daniel, *Política y sindicalismo en Colombia*. Bogotá: La Carreta, 1973.
- PÉCAUT Daniel, *Orden y Violencia*. Colombia 1930-1954- 2 vol. Bogotá: S.XXI ed., 1987.
- PÉCAUT Daniel, "Populismo y violencia: el caso colombiano" en Revista Estudios Políticos N° 16, enero-junio, 2000.
- PÉREZ HÉSPER Eduardo, "Aspectos sociológicos del régimen político-administrativo en la época colonial" en Revista Colombiana de Sociología. N°2, 1982; agosto. Departamrento de Sociología. Universidad Nacional.
- PÉREZ HÉSPER Eduardo, *El Proceso del bipartidismo colombiano y el Frente Nacional*. Bogotá: Ed. Universidad Nacional, 1989.

- PÉREZ HÉSPER Eduardo, *De la fragmentación a la centralización del poder. Bases para un tipo ideal de formación del Estado nacional en una sociedad preindustrial*. Departamento de Sociología. Universidad Nacional. Santafé de Bogotá, marzo, 1996.
- SAMPER José. María, *Derecho Público Interno*. Bogotá; Ed. Temis, 1982.
- SMITH Anthony, *La Identidad Nacional*. Madrid: Trama Editorial, 1997; [Penguin Books, 1991].
- SERRANO GÓMEZ Enrique, *Lo político y la política en la formación de las naciones*. Medellín: Ed. Pontificia Universidad Bolivariana, 1998.
- TIRADO MEJÍA Álvaro, "El Estado y la política en el siglo XIX" en Manual de Historia de Colombia. Tomo II. Bogotá: Colcultura, 1979.
- TORRES RIVAS Edilberto, "La Nación: problemas teóricos e históricos" en Estado y Política en América Latina. Norbert Lechner (editor). México, FCE, 1985, 3ra ed. [1981].
- TOURAINÉ Alain, *¿Podremos Vivir Juntos?* Bs. As: FCE, 1997 [París: Fayard, 1997].
- WEBER Max, *Economía y sociedad*. 2 vol. México: FCE, 1977, 3ra. Reimpresión [Tubinga: Mohr, 1922]
- ZAMBRANO Fabio, "La invención de la nación" en Revista Análisis N°2. Documento Ocasional N°53. Bogotá: Cinep, 1989.

